

(02058)

La leyenda de Francis el del gol de cabeza

El atraco

No eran las 08:40 de una desabrida mañana del mes de marzo cuando el atracador entró en la sucursal de la Caja con la escopeta al hombro.

–Quietos todo el mundo... A ver, tú, abre la caja y llena esta bolsa de billetes. Y de los gordos.

–No podemos abrir la caja, señor. Es de apertura retardada –Aurori, la cajera, trataba de no aparentar miedo ni nerviosismo. Pero como confesaría después, llegó a mojarse las bragas.

–Quietos todo el mundo... A ver tú... –algo pareció romperse dentro de aquella careta de Bob Esponja, seguramente adquirida durante el reciente carnaval–. Cagontó... Tú, mete ahí todo el dinero que pilles –esta vez se dirigió a la subdirectora de la sucursal.

–Apenas hay cien euros... La caja se abrirá dentro de media hora, cuando venga el director –mientras tanto Aurori, disimuladamente, había pulsado el botón de alarma.

–No me toques los cojones, Inés. Tiene que haber más –ambas empleadas y los dos clientes que había en aquella oficina a esas horas de la mañana se dieron cuenta de la metedura de pata del atracador, la primera pista que conduciría a su posterior identificación–. ¿Te estás quedando conmigo? Dale a la máquina como para sacar treinta mil euros.

Inés se dio cuenta de que podía ganar algo más de tiempo, y miró al chavalote que le sacaba una cabeza al atracador.

–Veré qué puedo hacer...

–Cagontó... No me toques los huevos –el atracador pareció perder los nervios y disparó la escopeta de doble cañón hacia arriba. Una sección del falso techo se desprendió y la escayola cayó sobre el mostrador con estruendo–. ¡Hostias!, lo siento. Pero esto pasa por no poner Pladur. Tenéis pasta a mansalva pero os estiráis menos que el portero de un fútbolín. Ese falso techo de escayola tiene más de treinta años. Y no dais trabajo al pueblo, ¿eh? Llena más rápido, joder. ¡Apúrate!

El chavalote comenzó a acercarse lentamente al atracador, ahora que estaba riñendo con la subdirectora.

–Quieto tú, gilipollas. ¿Quieres ser héroe? La Caja no te lo va a agradecer. Como te muevas un pelo te descerrajo el tiro que me queda en los huevos, y te los dejo colgando de un campanario –aquella frase del difunto Pepe Rubianes fue otra de las pistas que llevarían a la ulterior detención del atracador.

El chaval, un fornido encofrador, bajó la vista y levantó las manos. Por si acaso, pensó, mejor no tentar a la suerte.

La subdirectora, a quien el tiro y la arenga dirigida al muchachote le habían hecho cambiar de opinión, había terminado de meter todos los billetes que pudo en la gran bolsa de deporte. ¿Para qué tan grande?, pensó. Llena a rebosar de billetes tal vez no la hubiera podido levantar. ¿Qué botín pensaría este mamarracho que se iba a llevar?

—Echa *pa' cá*. Al que salga en cinco minutos lo dejo seco de un tiro.

El atracador salió a la vía lateral de la Avenida de Toledo, solitaria a aquellas horas, y guardó la escopeta con los cañones recortados en la gran bolsa de deporte. Se la puso en bandolera y se dirigió a una motocicleta que estaba apoyada en un árbol de la mediana que separaba la vía lateral de los carriles centrales. Desde la ventana de la Caja de Ahorros, y tras un gran cartel publicitario, las cuatro personas seguían sus evoluciones. El atracador había dicho que no salieran, pero nada dijo de no asomarse a aquel ventanal de cristalería reforzada a prueba de alunizajes.

Ese ciclomotor en particular fue la tercera pista que llevó a la rápida identificación del atracador. Lo arrancó y salió a toda la velocidad que aquella antigualla podía desarrollar, que no era poca. Los atracados estiraron el cuello todo lo que pudieron viendo como algunas decenas de metros más adelante el atracador se desprendía de la careta dejándola caer a la vía pública. ¿Habría suerte de que le detuvieran por circular sin casco? Pocos minutos después llegó una dotación de la Policía Nacional en respuesta a la activación de la alarma, y algo más tarde una patrulla de la Policía local, quienes al pasar por allí se detuvieron alertados por los rotativos de los nacionales.

Las pesquisas

Cuando llegaron Roque y Bermúdez, los dos policías locales, ya se estaba tomando declaración a los cuatro asaltados.

—¿Podemos ser útiles? —la precaución en estas colaboraciones entre cuerpos policiales nunca es poca.

—¡Hombre, Roque! A lo mejor nos venís al pelo —el subinspector Cañequé y el agente municipal eran viejos conocidos... este último le había pitado más de un partido de fútbol regional, a veces con desmesuradas protestas por parte del policía nacional, retirado hacía ya unos años de los campos balompédicos.

—Usted dirá, señor subinspector.

—Déjate de formalidades que todavía me escuece aquella expulsión.

—Fue mano intencionada bajo los palos. Era gol si no la atajas tú.

—Pero sabías que era mi último partido. El resultado era lo de menos.

—Eso díselo a los del Coyote, que si no empataban bajaban a tercera regional.

—Pero si acabaron bajando igual, que fallaron el penalti. Siempre fueron más malos que la carne de pescuezo.

—¿Van ustedes a seguir discutiendo de algo que pasó hace años? Ya no es actualidad, señores —Inés, la subdirectora, no estaba para muchas bromas.

Mientras, Aurori había estado barriendo los escombros que había dejado el trabucazo. Tenía unos treinta años, la guedeja de un rubio natural, de estatura mediana, guapa de cara y gruesa de carnes, lo cual le confería un mayor atractivo. Cuando se dirigió a la zona reservada al personal con la bolsa del escombros, Aurori caminaba de una forma extraña.

— ¿Qué la pasa? — preguntó Roque.

— Se ha meado en las bragas — repuso la subdirectora bajando la voz —, y las lleva a media pierna.

— Pues que se las quite... Con esa falda tan ancha no se va a notar. Si las pone en un radiador se le secarán en un pispás — Roque siempre era tan resolutivo.

— Usted no es mujer — la subdirectora se mostró un tanto agria —. Mejor arregle sus asuntos.

— Que son... — cambió de tercio Roque mirando al subinspector.

— El atracador es alguien conocido. Llamó a la subdirectora por su nombre de pila.

— Está bien... Así circunscribimos el círculo de sospechosos a unas sesenta mil personas — Roque fue irónico sin proponérselo —. Algo es algo.

— Hay más, Roque. Parece ser que huyó en un ciclomotor antiguo.

— Pues entonces no habrá ido muy lejos. Al menos no ha podido tirar por la autopista — Roque abordaba los retos con mentalidad positiva.

— Es un ciclomotor anaranjado...

— ¡Hombre!, eso sí que puede ayudar. Que yo recuerde sólo ha existido el modelo University... Y hay muy pocas en Mospintoles y alrededores. ¿Están seguros de que era un ciclomotor y no una moto?

— Sí. Oímos como se alejaba con un ruido constante... No metió ninguna marcha — atestiguó la subdirectora —. Además... era una Mobylette University. Yo tuve una en mis años de instituto.

— El ciclomotor más rápido de aquellos años. Creo recordar que se llegó a restringir su venta por la alta velocidad que adquiría, superior a lo permitido — se complació Roque en informar.

— ¿Cuántas University puede haber en Mospintoles, Roque? — preguntó el subinspector.

— Censadas no muchas. Pero ya sabes... Yo ahora mismo tengo en mente tres y no creo que haya muchas más.

— Hay algo que tal vez pueda ayudar, si el tipo es de por aquí — el encofrador había estado escuchando, manteniéndose apartado.

— Díganos, joven — invitó el subinspector.

— Usó algunas muletillas.

— Quizá puedan caracterizarle... ¿Qué fue lo que captó usted?

— Dijo dos o tres veces "cagontó".

— Me temo que es una expresión bastante corriente — sentenció Roque.

— Y cuando quise acercarme a él me dijo que si lo hacía me pegaba un tiro en los huevos que me los dejaba colgando de un campanario.

— ¡Co...raje!, esa frase... Sí que hay alguien que la suelta con asiduidad en Mospintoles... — Roque pareció ensimismarse.

—¿No la decía el Pepe Rubianes de marras, que en gloria esté? —apuntó el subinspector Cañeque.

—¡Eso es! Y todo encaja —los ojos de Roque adquirieron brillo de súbito—. Lo suelta a diario Fracis, el del gol de cabeza. Y sé que tiene una University... estoy seguro.

—¿Francis el del gol de cabeza!? No jodas...

—¿Quién es ese Francis el del gol de cabeza? —quiso saber la subdirectora.

—Un infeliz que no tiene donde caerse muerto.

—Los que hemos podido caer muertos hemos sido nosotros, no te jode... —decididamente era un día amargo para la subdirectora—. ¿Pero porque le llaman “el del gol de cabeza”?

La historia de Francis (hasta el minuto 90)

—Francis fue un jugador del Rayo de Mospintoles allá por los años sesenta, cuando nuestro Rayo pastaba por los campos de Regional Preferente —Roque había adoptado la actitud de un docente, no en vano era un estudioso experto en la materia—. Francis no estaba especialmente dotado para el fútbol, pero el equipo no era muy exigente. Casi todos los jugadores eran de Mospintoles y eso mantenía unido al grupo. Tampoco Mospintoles era lo que ahora conocemos.

—Tampoco lo eran los rivales, ni se jugaba tan profesionalmente como ahora en cada categoría —apuntilló el subinspector.

—Terminaba la temporada 1968/69 y el Rayo estaba en posición de ascender a la tercera división. Fijaos que han pasado cuarenta años. Se dio la circunstancia de que el último partido lo tenía que jugar como local contra el Alcorcada, nuestro eterno rival de toda la vida. Y ellos también se jugaban el ascenso en aquel partido. Pero un empate podría dejar a los dos equipos sin pasaporte a Tercera, pues había otras dos escuadras en liza.

—Tampoco existía de aquella la Segunda B —Cañeque volvió a meter baza.

—Ni los partidos ganados valían tres puntos, sino dos. Os podéis imaginar que en aquella época ese encuentro fuera el partido del morbo. No hubiera dado nada por pitarlo. Vino gente hasta de Madrid, y la Guardia Civil, y los grises, la Policía Armada, quiero decir, antecesores de aquí mi colega, tomaron posiciones por miedo a que la cosa futbolera se desmandara. Incluso hay quien asegura que en el Gobierno Civil se llegó a hablar de suspender el partido.

—Lo que es hoy Delegación del Gobierno —el subinspector no perdía ocasión de meter cuchara.

—Ya os imaginaréis que no se habló de otra cosa en toda la semana, y la tensión que hubo para unos chavales que jugaban al fútbol básicamente por divertimento, y la responsabilidad de que se fueron empapando durante los días previos. No había un vecino de Mospintoles que no estuviera pendiente del partido, y se paraba a los jugadores por la calle para exhortarles a la victoria. Una situación así sólo se ha vuelto a vivir el año pasado, pero de forma más civilizada.

—Sí, en aquellos años España era algo salvaje, jeje —Cañeque no quería ser relegado por la clase magistral que estaba dando Roque.

– Cuentan quienes vieron el partido que, pese a lo que pudiera presuponerse, fue de guante blanco. De Alcorcada vinieron varios autobuses para animar a los suyos, pero aunque se dieron varias intervenciones policiales entre el público, los jugadores lo bordaron. Se dice que todos sin excepción estaban enchufados ese día, y hubo muchos nervios entre las aficiones porque los delanteros se imponían una y otra vez a las defensas.

Roque hizo un alto y observó que el subinspector Cañequé, por fin, había dejado de entremeterse y escuchaba atento.

– Corría el minuto ochenta y cinco más o menos y el resultado era de cuatro a cuatro habiéndose alternado en el marcador uno y otro equipo. Otro gol podía caer en cualquier momento dejando al rival sin tiempo para reaccionar.

Recordad que no habría prórroga pues se trataba de un partido de liga. El silencio se hizo por fin en torno al campo. Las aficiones, cansadas de jalear y en suspense permanente, contuvieron el aliento durante esos últimos minutos.

Había en juego más que un ascenso; planeaba sobre el partido la honra local de cada pueblo. Como digo, los últimos cinco minutos se vivieron en silencio por parte del público, con el alma en la garganta con cada internada, ora de unos, ora de otros. Los chavales estaban exhaustos, pero haciendo gala de pundonor seguían corriendo como galgos.

Roque hizo otra pausa. Él también se había ganado el silencio de su público, nutrido el grupo con varios curiosos que habían acudido a la sucursal al ver el inusual despliegue policial.

– Se entraba ya en el minuto noventa, o eso se dijo en alta voz desde uno de los banquillos, cuando uno de los tres Francis que jugaban en el Rayo, el que llamaban Francis “el sereno sereno”, y esto es porque era sereno y abstemio, y compartía oficio con otro que era bastante más borrachín de lo que debía; digo que este otro Francis se internó por la banda izquierda del ataque, la derecha para los defensores del Alcorcada. En ese momento el árbitro, que corría hacia el área de penalti siguiendo la jugada, miró el reloj, y alguien de entre el público, atento al gesto, dijo a voz en grito: “No se te ocurra pitar ahora que atacamos”.

La historia de Francis (desde el minuto 90)

Roque guardó silencio, midiendo los tiempos, y miró a los circunstantes.

– Francis “el sereno sereno” llegó hasta la línea de fondo sin poder colgarla al área porque el defensa le había cerrado muy bien el hueco para el pase. Cuando se le acabó el espacio frenó y quiso regatear volviendo sobre sus pasos, pero otro defensa llegaba a reforzar la cobertura. Desde la esquina, un aficionado dijo en voz alta: “pásala como sea que pitan el final”. Y Francis “el sereno sereno” reaccionó como un autómatas, chutando como pudo con la derecha, que era su pierna mala, y cayendo al suelo, desequilibrado. El pase, defectuoso como era de suponer, salió hacia el pico del área opuesto, es decir, hacia el lado derecho del ataque. Allí llegaba este otro Francis, el que suponemos el atracador de hoy, un muchacho un tanto enclenque, escuálido, de fina técnica en el regate

pero que tampoco tenía nada más. Le dio de cabeza a uno de aquellos balones de cuero con las costuras por fuera que te dejaban la marca en la frente para tres días. El cabezazo sonó a hueco y Francis también acabó por los suelos, pero el balón cogió un efecto raro y fue hacia la escuadra contraria, a la izquierda del ataque, cogiendo a contrapié al portero del Alcorcada. Aquel balón nunca hubiera entrado tal y como se cabeceó, pero pegó en el poste y con ese efecto raro que llevaba cayó mansamente dentro de la línea de gol. Fue un jarro de agua fría para los del Alcorcada, que nunca más levantaron cabeza, futbolísticamente hablando, y ahí siguen, en Preferente. Al año siguiente, el Rayo que debutaba por primera vez en Tercera, fichó a los mejores jugadores del Alcorcada para reforzarse y mantener la categoría. Esa es la leyenda de Francis y su gol de cabeza.

Los presentes aguardaban el corolario de la exposición de Roque. Todos conocían la historia, pero les gustaba escucharla siempre que fuera bien narrada.

– El gol supuso el despegue futbolístico del Rayo, aunque luego se dormiría en la tercera división, hasta que llegó López con sus billetes. Y hubiera sido olvidado pronto porque al año siguiente Francis no jugó ni un sólo partido, relegado por la calidad de los refuerzos. Pero la polémica quiso que ese gol diera la vuelta a España.

– ¿Pero qué fue lo que pasó? – quiso saber la subdirectora, que no era natural de Mospintoles.

– Pues pasó que el árbitro, cuando el balón salió de las botas de Francis “el sereno sereno” y justo antes de que este Francis cabeceara, se llevó el silbato a la boca para pitar el final del encuentro. Para cuando el balón salió de la cabeza del muchacho ya había dado el primer pitido, y justo en ese momento se arrepintió, pero ya era tarde. Cuando el balón pegó en el poste dio el segundo pitido pero tuvo la presencia de ánimo, y los reflejos, de alargarlo, coincidiendo con el bote del balón. Tenía el brazo en alto, pero se giró y lo bajó mientras corría hacia el centro del campo concediendo el gol. Fue todo en un instante. Os podéis imaginar las protestas de los rivales, pero hubo una invasión del campo por parte del numeroso público local, típica en aquellos años, y allí concluyó el partido. Sin embargo, en los despachos, las protestas se elevaron hasta la federación, y fueron llamados a atestiguar los guardias y los policías que estuvieron presentes en aquel partido, todos residentes en Mospintoles. Curiosamente no encontraron a ninguno que hubiera estado atento a los últimos minutos del partido. Al final tuvo que mediar el alcalde de Mospintoles, que tenía mejores contactos en el Gobierno Civil que su homónimo de Alcorcada y el Rayo se aseguró los dos puntos. He sabido que el argumento con que se acallaron las protestas es que con el empate el Alcorcada nada ganaba, y que sería positivo para la zona que al menos uno optara al ascenso.

– Pero entonces el gol fue ilegal... desde el más estricto sentido del reglamento, quiero decir – la subdirectora casi se lía, pero rectificó a tiempo para no convertirse en impopular entre los vecinos de aquella barriada.

—Estrictamente no lo sé. No se llegó a dar el tercer pitido que señala el final del encuentro. Yo he hablado con aquel árbitro hace unos años, y le pregunté por su precipitación, y por qué no aguardó a que acabara la jugada. ¿Queréis saber lo que me dijo?

La pregunta era retórica, innecesaria, pero Roque saboreó unos instantes más la expectación que había creado.

—Me dijo que cuando vio que el pase del extremo zurdo era defectuoso no pensó que nadie llegara al balón, pues daba por sentado que todos estaban ya dentro del área, y no estaba dispuesto a permitir una segunda jugada porque habida cuenta de la tensión con que se había vivido la semana previa, se daba con un canto en los dientes saliendo indemne del campo. Cuando vio que el balón entraba se dijo que, después de todo, estaba en Mospintoles, y que loco sería si se complicaba la vida él solito. Y pitó gol, porque... ¡ancha es Castilla!

(Continuará...)